

“G”: algo más que un punto

Andan de locura a la búsqueda del punto G. Y no sólo quienes se obsesionan con buscar el placer sexual. La búsqueda, consecución y perpetuación del placer que otorga el poder (económico, social o político) tiene ocupados a los que gobiernan y mandan en este mundo. Hay quien, en la intersección de los dos conjuntos anteriores, no deja de buscar “Ges” por ande quiera que estén.

En el G-7 no caben todos, el G-8 sigue siendo estrecho, el G-20... parece que se nos ajusta más a esa talla que no nos aprieta en el molesto callo. Curioso es, pues no puede ser de otro modo, esta feria va por barrios, que a cada cual se le antoje la medida exacta en aquella talla que mejor le hace lucir su centro de interés: su propio ombligo.

¿Por qué se tiene que soportar la presión de estructuras que sólo son el resultado de choques de poder y hay que jugar a la hipocresía de la democracia sólo en aquellos ámbitos donde hay disposición a la alternancia (que no alternativa) política? Si en la ONU son 192 los países reconocidos, ¿por qué no hablar del G-192? ¿Por qué no se usa la palabra, también la palabra y, fundamentalmente, la palabra?

Todas las personas deberíamos saber que existe una Declaración Universal de los Derechos Humanos desde el 10 de diciembre de 1948. Todas sabemos que su articulado se respeta sólo cuando luce de cara a la galería: cuando la alta política y la seguridad del estado lo exijan, será papel mojado (y ahogado en patera).

Hasta el propio presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, se las tiene que ver y desear para llevar adelante medidas que acerquen el bienestar a los que son el excremento social que nuestros mundos avanzados necesitan defecar para hacer una excelente digestión. Por eso, el Tercer Mundo, al que tenemos empobrecido, ya no nos es necesario... ¿acaso le vamos a dar la palabra?

“Sí, que sí; pero eres muy inocente”, se me dirá desde la mejor autocomplacencia y resignación... también, incluso, desde ciertas cercanías a ámbitos de ejercicio del poder. Y se puede añadir: “¡Las cosas son como son, déjalas estar!” Vale, pero es que esto tampoco parece correcto.

Lo correcto sería decir: “Cambia, sí, pero sólo aquello que después te vayan a aplaudir... quienes te rodean”. ¿Hay que cambiar Cuba?, “sí, que son incapaces de hacerlo desde dentro”; ¿hay que cambiar China?, “no, esa cultura milenaria ya se está modernizando”; ¿hay que cambiar Venezuela?, “sí, que su presidente quiere ser elegido más de dos veces consecutivas”; ¿hay que cambiar nuestra Constitución española para poder elegir por sufragio al Jefe del Estado español?, “no, no”... ¡y punto G en boca!

Fecha: 05/10/09

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL